

El kirchnerismo ante la crisis de los partidos. La explotación de líneas de confrontación como estrategia política.

Autores: Dra. Marisa Duarte y Lic. Nicolás Noriega (Docentes UBA)

“Los grupos corporativos, empresariales, sindicales, partidos políticos, que en el pasado podían representar el 80% de la sociedad, hoy no representan más del 30%, porque el ciudadano común ya no actúa más corporativamente. Esta es una nueva realidad que la dirigencia necesita entender” (Néstor Kirchner, 2003)

Introducción

En la Argentina, los partidos políticos, aún cuando continúan siendo vehículos de la competencia electoral¹, han dejado de ser expresión de pertenencia permanente de la ciudadanía. El debilitamiento de las estructuras políticas que otrora cohesionaran a la sociedad, ha fomentado la desarticulación del espacio político. “Los partidos agrupan cada vez menos a los ciudadanos de un modo durable, son estructuras con un sustento social cada vez más precario –si es que tienen alguno- que deben competir en cada turno electoral para conquistar las preferencias ciudadanas” (Cheresky, 2006, p.12).

Siguiendo a Inés Pousadela, consideramos que lo antedicho es resultado de dos procesos de diferente naturaleza. Por un lado una metamorfosis de la representación en la cual pierden importancia los programas partidarios y se fortalece la personalización de los liderazgos a través del creciente papel que juega la imagen de los candidatos (situación que vigoriza, a su vez, el papel de los medios de comunicación en los procesos políticos). Por el otro, una crisis de la representación que se refleja en una severa desconfianza hacia la “clase política”, apatía política y crecimiento del abstencionismo electoral. El presente trabajo pretende analizar algunos aspectos de la presidencia de Néstor Kirchner a la luz de estos procesos.

¹ Pese a la intensidad de los acontecimientos de 2001/2002, el reconocimiento de los procesos electorales como la fuente legítima de la ocupación de los roles institucionales de poder no fue puesto en cuestión (Pousadela, Cheresky, 2004).

Debilitamiento de las estructuras políticas, desarticulación del espacio político y centralidad del espacio público y la opinión.

Si bien la historia política de Argentina está marcada por sucesivas interrupciones a los procesos democráticos, puede sostenerse que tras la restauración de la democracia en 1983, la vida política del país transitó sustentada en los partidos políticos. En este sentido, durante la década del ochenta y en la primera parte de los noventa no parecía concebible edificar una carrera política sin transitar los peldaños inferiores de una estructura partidaria, ni tampoco obtener una candidatura sin representar a un partido (que era en definitiva a quien adherían los ciudadanos).

El proceso que llevó a la presidencia a Raúl Alfonsín marcó, sin embargo, el novedoso papel que ocuparía la “ciudadanía fluctuante” entendida como aquella que define su posición en función de los acontecimientos políticos de coyuntura y, en especial, ante los sucesos que son señalados durante las campañas electorales (Pousadela, 2006). De todas formas, el desarrollo de la llamada “democracia de audiencia” llegaría durante la campaña presidencial de 1989. A partir de entonces, los consultores políticos, los publicistas, las encuestas de opinión y las intervenciones en medios de comunicación pasarían a formar parte de la estrategia electoral de los principales partidos políticos.

En los tiempos de la “democracia de partidos” las disputas en el espacio público eran regidas por el sistema de partidos puesto que los actores sociales –asociaciones, sindicatos o movimientos reivindicativos- y los dispositivos públicos –como la prensa gráfica y luego la televisión- estaban, en mayor o menor grado subordinados a la divisoria de campos delineada por aquel sistema. La nueva forma de hacer política, en cambio, otorga un papel preponderante a los candidatos, que establecen una relación personal con el electorado-audiencia.

La desestructuración del espacio público hace que las identificaciones y la formación de opiniones no dependan ya de la estructura partidaria. “Es la coyuntura, o “la agenda”, la que va delineando la diferenciación política, en tanto que el largo plazo no aparece como materia de diferenciación, quizás porque es indescifrable en los tiempos presentes; pero también porque se ha desvanecido la representación de un rumbo estructurado, que sustentaba las diferencias ideológicas” (Cheresky, 2006, p.19).

Hoy en día los ciudadanos cambian drásticamente sus adhesiones políticas y las campañas electorales, lejos del rol confirmatorio de las identidades que antes tenían, ocupan un papel fundamental en la definición del voto de los electores. “Lo que en los años cincuenta [de la centuria pasada] eran políticas que hicieron uso abusivo de estetizaciones de masas para lograr sus objetivos contra enemigos ideológicos a vencer, en la actualidad se ha transformado en una confrontación de carácter esencialmente cultural” (Casullo, 2007, p.134). En consecuencia, el espacio público se ha transformado en un ámbito de conquista de lealtades en donde la reproducción de la legitimidad política constituye un desafío permanente. La pérdida, por parte de los partidos políticos, de su referencia con grupos sociales preexistentes los conmina a “activar y producir los clivajes sociales que pretenden movilizar” (Pousadela, Cheresky, 2004, p.22) en función de que son los votantes independientes los que definen las elecciones².

Este contexto favorece el crecimiento en importancia de los líderes de popularidad en tanto tienen más flexibilidad para redefinir su identidad política en función del espacio que pretenden liderar. Sin embargo, esto hace que el lazo de representación se someta permanentemente a una recreación y sea, por ello, más inestable³. Esta desarticulación del espacio político y la centralidad que el espacio público y la opinión ocupan, permite el cuestionamiento de los gobiernos por fuera de las instituciones políticas. En este contexto, la figura de los *líderes de popularidad* se ha fortalecido en función de su capacidad de concitar adhesiones, aunque su liderazgo se sustente en una opinión pública volátil.

Al mismo tiempo que crece en importancia el papel de la televisión en los procesos políticos, gran parte del esfuerzo de las estructuras de los partidos se aboca a la construcción de la imagen de los candidatos (los spots utilizados por la Alianza en 1999 respecto de Fernando De la Rúa demuestran con creces la consolidación de este proceso).

Todo esto promueve una nueva forma de articulación política en tanto los viejos partidos buscan transformarse en estructuras más ágiles, con el objetivo de virar más

² Durante la vigencia plena de la “democracia de partidos”, la identidad partidaria acompañaba a los votantes durante la mayor parte de su vida.

³ La caída del FREPASO da muestras claras de esta volatilidad, sus votantes fueron tan libres para votarlos como para dejar de apoyarlos.

rápido hacia donde se oriente la demanda de los electores. Esto puede fomentar el rápido crecimiento de nuevos partidos, como el Frepaso hacia 1997 -un partido *ligero* en términos organizativos que logró disputar el electorado con los dos grandes partidos de aquel momento- y también el desplazamiento de partidos ya existentes (como el reciente desplazamiento de la Coalición Cívica hacia la derecha). También influye en los partidos tradicionales que se muestran a partir de entonces más receptivos a conformar coaliciones o alianzas electorales con otras fuerzas (la Alianza por el Trabajo, la Justicia y la Educación o los acuerdos entre Acción por la República y algunas ramas del PJ constituyen claros ejemplos de esto).

Paralelamente, en función de determinados hechos políticos (entre los que no puede dejar de mencionarse el hincapié realizado por el menemismo para demonizar el accionar del Estado, el pacto -de Olivos- entre los dos partidos tradicionales, que permitió la reelección de Menem, y el escándalo por el pago de sobornos en el Senado⁴ en 2000), y en la medida en que el gobierno de De la Rúa se mostraba incapaz de resolver la crisis económica y los partidos históricos evidenciaban su anuencia a establecer puntos y actitudes en común que contribuyeran a solucionar los conflictos; sobrevino la crisis de representación.

Las elecciones legislativas de octubre de 2001 mostrarían claramente la debilidad del vínculo entre el electorado y los representantes de los partidos políticos. Durante las mismas, casi un 45% de los electores se negó a votar por alguna de las alternativas políticas en competencia. Los altos porcentajes de abstenciones, votos nulos⁵ o en blanco evidencian una pérdida de votos positivos, respecto de las elecciones de 1999, de casi 5.000.000 de votos.

La expresión de gran parte de la ciudadanía en la calle durante las jornadas del 19 y 20 de diciembre de 2001, la renuncia del gobierno de De la Rúa tras el rechazo popular, el surgimiento a partir de entonces del movimiento asambleario y los escraches a la “clase política” marcarían la intensificación de esta brecha entre representantes y representados

⁴ El suceso fue particularmente grave porque el gobierno que (se supone) pagó y que luego protegió a los involucrados había hecho hincapié durante la campaña en que iba a terminar con la corrupción. Además el otro de los partidos tradicionales aparecía aceptando los sobornos para votar una ley que perjudicaba a los trabajadores (ambas actitudes mostraban que la corrupción no era una costumbre menemista sino de casi todo el arco político) lo que volvía evidente que los representantes legislativos respondían al mejor postor (y no a quienes los habían votado) (Peruzzotti, 2004).

⁵ Los votos nulos crecieron, en función de la elección anterior, un 1400%.

(evidenciada también en el lema “que se vayan todos”). En aquel entonces, el 94% de las personas entrevistadas para una encuesta del PNUD manifestaba tener poca o ninguna confianza en los partidos políticos.

La asunción de Kirchner. Ausencia de recursos institucionales y vínculo plebiscitario con la ciudadanía.

Pese a todo, en este contexto de debilidad institucional y ante la renuncia de De la Rúa, la presidencia de la Nación sería finalmente ocupada por Eduardo Duhalde, el representante más poderoso del partido político que mejor venía transitando la crisis⁶. En este contexto se inscribe⁷ la aparición política, a nivel nacional, de Néstor Kirchner. Debe recordarse que la intención primaria del entonces gobernador de Santa Cruz era utilizar la campaña presidencial de 2003 como plataforma para posicionarse para las elecciones de 2007.

Durante los primeros meses de 2002, conciente de que sus chances en elecciones internas del PJ eran remotas, el santacruceño no mostraba alineamiento con el partido⁸ y expresaba duras críticas al duhaldismo. De todas formas, no abandonaba por completo su pertenencia justicialista y, ante la incapacidad de Eduardo Duhalde de instalar un candidato propio, aceptaría en enero de 2003 el espaldarazo del hombre fuerte del justicialismo bonaerense.

A partir de entonces, se acrecentaron las chances de Kirchner de acceder a la presidencia. Conciente de la crisis de representación “(...) la sociedad argentina tiene muy en claro que no está debidamente representada”⁹ y de la gran fragmentación de la oferta electoral, cinco fórmulas se mostraban con chances de triunfar en las elecciones, Kirchner buscó agrupar tanto a sectores justicialistas como independientes.

“Sueño con que el justicialismo vuelva a ser la columna vertebral de la recuperación en la Argentina” “Ese es el espacio que quiero protagonizar, abierto a las contribuciones de los dirigentes honestos de centroizquierda y

⁶ En efecto, pese a la crisis de representación, el Partido Justicialista todavía mantenía una base firme de votantes que lo había erigido como el ganador de la contienda electoral de 2001 con el 34% de los votos positivos.

⁷ Luego de que el duhaldismo abandonara la intención de postular a su líder para presidir el país desde 2003.

⁸ De hecho analizaba presentarse a las elecciones por fuera del partido mientras se reunía con diversos representantes de otros espacios políticos (Carrió, Ibarra, Farinello, Beliz, etc.).

⁹ Néstor Kirchner en Di Tella (2003), pag 125.

centroderecha y a los grupos independientes que no tienen dónde expresar sus ideas y preocupaciones”¹⁰

Finalmente Kirchner accedió al ballotage¹¹ con el 22,24% de los votos positivos y obtuvo luego el cargo de presidente de la Nación porque Carlos Menem, ganador en primera vuelta, se retiró de la competencia (el dos veces presidente “gozaba” de una imagen negativa muy fuerte y antes que caer derrotado estrepitosamente prefirió retirarse y jugar a la desestabilización del gobierno).

El gobierno de Kirchner se inició así signado por una doble debilidad. Primero porque en sintonía con la crisis de representación, la fórmula que encabezaba obtuvo el respaldo de apenas el 17% del electorado y, en el mismo sentido, porque la fragmentación del Partido Justicialista lo privaba de un respaldo institucional amplio. Pero además, su acceso al poder se concretaba en función de la decisión de Eduardo Duhalde de poner a su servicio la parte de la estructura justicialista que a él respondía (de ahí que se señalara a Kirchner como el “Chiolita” de Duhalde).

Reconociendo que la crisis de representación dejaba un espacio vacío: “la mayoría de mis compatriotas están a la búsqueda de las ideas, los líderes y los métodos que los lleven a ese destino [un horizonte nuevo, un tiempo distinto]”¹²; el gobierno de Kirchner parece haber capitalizado este contexto en su favor. En efecto, siendo conciente de que “si la sociedad decididamente marcha hacia un nuevo país, el cambio va a ser imposible de detener”¹³ el santacruceño fue fortaleciendo su lazo con la ciudadanía estableciendo una relación directa con ella. Esto le permitió ir consolidándose en la cima del movimiento y alejarse paulatinamente de Duhalde.

El presidente aparecía en el centro de la vida política del país tomando decisiones que no se sustentaban en discusiones institucionales pero que contaron con el respaldo de la ciudadanía (fomentando así un liderazgo fuertemente anclado en su persona). La sustitución de la cúpula de las fuerzas armadas, el impulso por la reapertura de los juicios por violación a los derechos humanos durante la última dictadura, la renovación de los miembros de la Corte Suprema, la puesta en revisión de los contratos con las empresas privatizadas y, en general, la utilización de un discurso desafiante que se

¹⁰ Néstor Kirchner en (Di Tella, 2003) pags. 127 y 130.

¹¹ Ningún candidato obtuvo, como era de esperar una mayoría que permitiera ganar en primera vuelta.

¹² Néstor Kirchner en (Di Tella, 2003) pag. 244.

¹³ Néstor Kirchner en (Di Tella, 2003) pag. 250.

expresó en actos oficiales transmitidos por televisión, consiguieron que el presidente elevara su popularidad rápidamente. El incremento de los niveles de popularidad fue acompañado por una estrategia discursiva en la cual el conflicto funcionaba como motor permanente de la disputa.

Las principales líneas de confrontación

Entrando en las modalidades asumidas por el kirchnerismo para reforzar su base de sustentación, observamos que el bloque de poder que alcanzó la presidencia en el año 2003 se caracterizó por ciertos rasgos: la capacidad de administrar la emergencia, la eficacia en diferenciarse de la década anterior y, fundamentalmente, por la predisposición a definir enemigos políticos¹⁴ con quienes confrontar que permitieran aglutinar a los potenciales aliados. En este sentido, habría quedado atrás el estilo de hacer política en base a la conciliación de clases que pregonaba el neoliberalismo: “la desaparición de los antagonismos sociales de la tercera vía. Una política sin fronteras resultaría ahora posible –una *win win politics*- que favorecería a todo el mundo” (Laclau, 2004, p.15) habría llegado a su fin.

En el nuevo milenio post crisis, la estrategia de construcción de poder del kirchnerismo se inscribe en lo que Lipset y Rokkan denominaron en 1967 como teoría de las divisorias confrontacionales (*cleavages*), se trata de la existencia de aquellas diferencias históricas que segmentan a cada sociedad de manera latente y que pueden convertirse fácilmente en conflicto explícito a partir de alguna eventualidad o de la explotación intencional por parte de los actores sociales. Los autores intentaban explicar la evolución histórica de los partidos políticos y la modalidad en que los políticos actuaban para formar coaliciones. Los autores detectaron cuatro tipos de fracturas socio-políticas derivadas del proceso de construcción del Estado nacional y de la industrialización. Los cuatro clivajes considerados son: a) la fractura centro-periferia; b) la fractura entre Estado e iglesia; c) la división entre propietarios de la tierra y los sectores comerciales-empresariales; y d) la divisoria entre propietarios de los medios de producción y prestadores de mano de obra.

¹⁴ “El justicialismo conducido por Menem se convirtió en una cáscara vacía. No tenía una idea, no había discusión, no había cuadros, y en su lugar se instaló la lógica perversa gerente-clientela. (...) Mi objetivo político es generar una alternativa ante los fantasmas del pasado.” Di Tella, 2003, pag. 134.

Las nociones de Lipset y Rokkan pueden ser muy productivas y sugerentes para analizar la política argentina de los últimos seis años. En ese sentido, las divisorias confrontacionales que plantea y explota el kirchnerismo en el gobierno son: a) el clivaje histórico-político nacional que opone la dictadura a la democracia. b) el clivaje ideológico que separa al neoliberalismo de las políticas centradas en el Estado nación. c) el clivaje de clase que consiste en contraponer la oligarquía a las clases trabajadoras.

De esta forma, se deriva que la coalición que cristaliza en el bloque social de poder kirchnerista congrega a los defensores de los principios democráticos, identificados con un esquema de desarrollo nacional y de carácter obrero; frente a los defensores o simpatizantes de la dictadura, afectos a las políticas neoliberales de los años noventa y ligados a las clases altas.

Nicolás Casullo (2007) especificaba que el kirchnerismo basó su estrategia política en un discurso que hizo eje en cuatro ideas centrales, que tienen estrecha relación con los clivajes que se plantearon: a) anteponer la política a la economía, b) resituar el conflicto como dinamizador de la política, c) establecer al Estado capitalista como protagónico del desarrollo, y d) refundar la política desde la revalorización de los derechos humanos y la memoria del exterminio. Esta construcción discursiva le dio réditos significativos en los primeros cuatro años de gobierno, marcados por la emergencia y la salida de la brutal crisis económica y social. En efecto, en 2003 el presidente Néstor Kirchner afirmaba que “es el Estado el que debe actuar como el gran reparador de las desigualdades sociales y viabilizar los derechos constitucionales”. “En defensa de los Derechos Humanos con la derogación [en el año 2003] de las leyes de Punto Final y Obediencia Debida y el Indulto presidencial de 1990, es reiniciado el esclarecimiento del pasado para llegar a la verdad. Se constituye una nueva Corte Suprema de Justicia de la Nación. Todas estas medidas marcan el nuevo rumbo de la Argentina, iniciando el nuevo siglo”¹⁵.

El objetivo de esta modalidad discursiva es que, en la divisoria, se incremente y consolide la propia base de sustentación y los enemigos queden aislados, dispersos, atomizados. En los inicios de la etapa 2003-2007 el discurso era acompañado por

¹⁵ Citado de Presidencia de la Nación, en http://www.casarosada.gov.ar/index.php?option=com_content&task=view&id=1112.

transformaciones que respondían a la estructura argumentativa aún cuando fueran más incitadas por la inercia de recuperación de la devaluación que por las políticas activas. En términos de crecimiento y desarrollo económico hay mucho de inercia, mientras que en relación a los derechos humanos ha habido mucho de política activa.

Una vez superada la crisis –que podríamos situar en el traspaso del poder realizado en 2007-, el bloque dominante intenta reelaborar el discurso haciendo eje en las “tareas pendientes” de la primera etapa: se trataba de avanzar en la distribución del ingreso, en la recuperación de la calidad institucional, en la reinstauración de normas de convivencia, etc. No obstante, la impronta de la etapa previa en términos de fuerzas sociales y aliados políticos primó sobre estas intenciones y la lógica discursiva se cerró en objetivos políticos más destinados a la construcción del enemigo que a la obtención de nuevos aliados que revitalizaran la propia base social. Así, la modalidad discursiva consistió en recrudecer las líneas de confrontación y exacerbarlas.

Así, se llega a 2007 y se produce el traspaso de poder. A poco de iniciar el período de gobierno, se observa un distanciamiento entre el discurso y las políticas implementadas. La plataforma electoral proponía: una reforma del Estado; avanzar en la democracia de base municipal y en el federalismo con contenido regional; recrear la seguridad jurídica; “lucha frontal y total” contra la corrupción y el delito; proteger los derechos de usuarios y consumidores; aplicar la tarifa social para los servicios básicos de luz, gas y agua. En cuanto a la política se proponía “la elección popular desde cero de todos los cargos electivos” con consulta popular por la caducidad de los mandatos; reforma electoral que establezca elecciones primarias y generación de un sistema de transparencia del financiamiento de los partidos. En cuanto a la economía se proponía reconstruir la pirámide fiscal, un plan keynesiano de obra pública, solvencia fiscal, un programa de exportaciones y producción nacional, defensa del trabajo argentino, construcción de un sistema financiero sano. En cuanto a la cuestión social se proponía una estrategia de defensa alimentaria, laboral, educativa, sanitaria y de seguridad; reconstrucción del sistema de salud con eje en el hospital público; garantizar 220 días de clases efectivas, expansión de las becas; estímulo a la cultura. Por último, proponía la inserción en el mundo desde el MERCOSUR.

Sin embargo, y producto del corsé que impone la estructura de fuerzas sociales aliadas, los cambios no se producen. En cambio, hay un abandono de las ideas concertacionistas y un acercamiento a la estructura dura del PJ, una inercia en la relación con los sectores más concentrados de la burguesía industrial nucleados en la UIA, un afianzamiento de la relación con la dirigencia sindical de la CGT mientras se le sigue negando la personería jurídica a la CTA, entre otras iniciativas que retrotraen al gobierno al núcleo duro del primer período limitando las posibilidades de renovación.

Del la política partidaria a la acción colectiva

La estrategia política descrita se agota a medida que pasa el tiempo, se aleja la emergencia económica y la sociedad comienza a exigir la vuelta de políticas públicas de bienestar. Como la estructura del gobierno se construye a partir de la lógica amigo-enemigo, las demandas de los sectores sociales descontentos son recibidas como expresiones a combatir antes que a procesar. De ahí al conflicto hay muy poco espacio. Todo movimiento social surge cuando existen determinadas oportunidades políticas (Kriesi, 1995); esto es, un conjunto de recursos, estructuras institucionales y precedentes históricos para la movilización que facilitan el desarrollo de la protesta o, en ocasiones, la dificultan (Kitscheld, 1986). Ello quiere decir que dichos factores, aunque no determinan completamente el curso de los movimientos sociales, establecen la emergencia y particular estructura de los problemas a los cuales responden las movilizaciones (Aguilar, 2003, cap 4)¹⁶. Cuando el gobierno comenzó a desgastarse por ciertas políticas (como el manejo del INDEC, los subsidios no controlados a las prestadoras de servicios públicos, la decisión de no otorgar la personería jurídica a la CTA, etc.) la reacción derivó en movilizaciones críticas que el gobierno contribuyó a consolidar antes que a diluir.

Los factores que hicieron posible la emergencia de un conjunto de manifestaciones colectivas son de diversa índole. En el plano político, el primer gobierno kirchnerista había demostrado la capacidad de gobernar en momentos complejos, llegando a acuerdos con el PJ y con las organizaciones sindicales mayoritarias y tejiendo un amplio consenso sobre la manera de hacer las cosas. Por el contrario, el segundo gobierno pasó

¹⁶ Para un tratamiento pormenorizado del tema remito a “Una nueva sociedad civil: acciones colectivas de masas en la España postransicional (1982-2002)”, Capítulo IV “Modelo teórico operacional: las movilizaciones y la estructura de oportunidades políticas”, Fundación Jaime Bofill.

de las promesas de profundización del cambio a una radicalización del personalismo, la unilateralidad y la prescindencia del resto de las instituciones; con el agravante de volver a una estrecha alianza con el corazón del “pejotismo”, cuya reorganización fuera encabezada por el mismo Néstor Kirchner. En efecto, se emprendieron iniciativas de suma importancia para el país (como la intervención del INDEC, los pagos de la deuda o la refinanciación, la estatización de Aerolíneas Argentinas, y por último el aumento de las retenciones al agro), sin ningún mecanismo de consulta a los sectores involucrados, a la sociedad civil en general y desoyendo a una parte de su electorado y a la opinión pública en general.

Después de las primeras movilizaciones surgidas a raíz de la intervención del INDEC, un hecho de política económica como fue el anuncio de la resolución 125 que recortaba los ingresos a la burguesía agraria contribuyó a generar un clima de opinión adverso al gobierno que puso a prueba su capacidad para gestionar una crisis política. La ineficacia de los operadores políticos y comunicacionales fue evidente en varias ocasiones, de tal forma que la falta de información que permitiera entender el eje de la discusión, la tergiversación por ambas partes de las razones que llevaban a unos a implementar la medida y a otros a resistirla, estimularon la contestación de la ciudadanía. Asimismo, el accionar de las principales figuras del gobierno y sus aliados construyeron en actores políticos a los oponentes. En efecto, la protesta iniciada en el reclamo de intereses económicos por un grupo ideológicamente distanciado del gobierno, se transforma en una pulseada entre grupos políticos al no haber posibilidad de negociación de las diferencias. La estrategia del gobierno frente a la protesta se centró, por un lado, en la deslegitimación de la protesta y, por otro, en el sobredimensionamiento de los desafiantes (llegando a acusarlos de golpistas, grupos de tareas, oligarcas, etc.). Por su parte, entre los oponentes no se descartan las intenciones desestabilizadoras, aunque no puede decirse que ése fuera el objetivo del accionar político del frente opositor.

Es dable aclarar que, así como un gobierno integrador de las demandas tiende a desactivar las causas de las protestas, un gobierno que excluye la disidencia tiende a reforzar la identidad de los desafiantes y a generar solidaridades que, de no mediar el rechazo o la agresión abierta por parte del primero, no lo harían (Kriesi, 1992, pp.127 y ss.).

La movilización y la crisis política que enfrentó el kirchnerismo tienen la particularidad de no generar el espacio para que la oposición ingrese a la escena política. No ha ocurrido hasta el momento que los partidos de oposición cumplan un rol destacado como contrapesos políticos en momentos cruciales.

Los efectos de la crisis económica de 2001 sobre el sistema político que desmembró al Partido Justicialista, pulverizó a la UCR y transformó al resto de los partidos de izquierda, ha limado las posibilidades del sistema de partidos de expresar las inconformidades con la política oficial; esto es, el ejercicio de la oposición no tiene lugar en el sistema democrático formal y, por tanto, se realiza en la calle. La ausencia de voces críticas, que canalizaran el descontento social en aumento, dejó abierta la posibilidad de la acción directa como la única modalidad de expresión. Desaparecidos de hecho los partidos de oposición y las instituciones de la sociedad política, la única manera de romper el unilateralismo y la cerrazón ideológica imperante es la ocupación de los espacios públicos (desde la ocupación de las calles y las plazas, el corte de rutas, etc.).

Por contrario, es necesario construir “nuevas y mejores formas de participación ciudadana que tengan como dirección a la sociedad civil, no al Estado” (Lechner, 1999, p. 10), ello indicaría una motivación antiautoritaria de la movilización.

Conclusiones

La llegada de Néstor Kirchner al poder se concreta luego de un doble proceso que modificó el panorama político de nuestro país. En primer lugar, un cambio en las formas tradicionales de “hacer política” que establece un marco acotado de acción para los partidos al tiempo que revaloriza las capacidades de las personalidades políticas. Hoy día son éstas las que se vinculan (fundamentalmente a través de los medios de comunicación) con los votantes independientes, por lo que crece en importancia el papel de los asesores de campañas y las encuestas de opinión.

En segundo término hemos hecho referencia al debilitamiento del vínculo entre los representantes políticos y los representados que se produce con intensidad hacia el final de 2001.

Kirchner parece haber leído muy bien estos cambios en el momento de evaluar sus posibilidades de acceder a la presidencia en 2003. En ese sentido, su posicionamiento como candidato se realizó por fuera de la estructura del Partido Justicialista hasta que la incapacidad de Duhalde de colocar un delfín propio le acercó parte de la estructura del PJ bonaerense. Desde entonces, conciente de que el escenario de fragmentación del electorado imponía sumar adherentes y no perder las frágiles lealtades ya ganadas, su discurso se ocupó de incluir a los peronistas más tradicionales sin perder el apoyo de los independientes.

Esto fue suficiente para acceder al máximo cargo al que puede aspirar un político en nuestro país. Luego, desde su asunción, el santacruceño aprovechó la dificultad de los partidos políticos para mediatizar las relaciones entre representantes y representados y se orientó a establecer una relación directa con la ciudadanía, con el objetivo de fortalecer su hasta entonces frágil posición. De esta forma fue tomando distancia de Eduardo Duhalde, su padrino político en 2003, desplazándolo lentamente del centro de la escena política.

La relación directa con la ciudadanía construye la propia debilidad del recurso; puesto que, una vez que comienza a revertirse el círculo virtuoso de la popularidad es muy difícil de reconstituir. En el caso que mencionamos, la pareja presidencial funciona como una especie de doble juego donde cada uno de los integrantes gana el espacio que pierde el otro. Sin embargo, el descenso del grado de legitimidad parece haberlos alcanzado a ambos. En esta situación se observa la falta de segundas líneas kirchneristas con cierta raigambre en la opinión pública que puedan funcionar como reservas de popularidad.

El principal inconveniente de esta modalidad de construcción política es que no permite que el disenso sea incorporado en la dinámica de gobierno y que funcione como revitalizador. Entonces, sólo el conflicto cumpliría el rol de dinamizador del régimen democrático. Aquello que fuera visto como un elemento esclarecedor del gobierno en los primeros años (como puede ser la importancia dada al conflicto como motor de la política) y que coincidía con niveles altos de popularidad; ha comenzado a jugar en contra cuando se suma, no casualmente, al desgaste de la figura presidencial con

incremento de los conflictos sociales y sectoriales. En efecto, el surgimiento de demandas y reclamos que no encuentran canales de expresión institucionales derivan en acción colectiva directa, cuando no en intentos desestabilizadores o violencia. El conflicto puede convertirse –más en una sociedad con tan alta capacidad de movilización como la argentina- en un rasgo potenciador del proyecto democrático si se construyen a la luz de dichas movilizaciones los mecanismos institucionales que acompañen la fuerza transformadora. Indicamos con ello el acompañamiento de los movimientos sociales, no su cooptación. De lo contrario, lo que seguimos teniendo es un régimen de democracia formal con alta movilidad social, que no es homónimo de radicalización de la democracia.

Bibliografía

Aguilar, S. (2003): “Modelo teórico operacional: las movilizaciones y la estructura de oportunidades políticas”, en Una nueva sociedad civil: acciones colectivas de masas en la España postransicional (1982-2002), Capítulo IV. Fundación Jaime Bofia, Barcelona.

Casullo, N. (2007): “Las cuestiones”, FCE, Buenos Aires.

Casullo, N. (2007): “El conflicto de las interpretaciones”. Artículo publicado en Página/12, 10 de diciembre.

Cheresky I. y Pousadela I. (2004): *El voto liberado. Elecciones 2003: perspectiva histórica y estudio de casos*, Biblos, Buenos Aires.

Cheresky, Isidoro (2003): “En nombre del pueblo y de las convicciones. Posibilidades y límites del gobierno sustentado en la opinión pública”, en *Chaire de Recherche du Canada*, Document de travail número 06, Quebec

Cheresky, Isidoro (2006): *La política después de los partidos*, Prometeo Libros, Buenos Aires.

Di Tella, Torcuato (2003): *Después del derrumbe*, Galerna, Buenos Aires.

Frente Para La Victoria (2007): “Plataforma Electoral. El Estado: Arbitro de las relaciones sociales”. Consultado en: <http://www.argentinaelections.com/PLATAFORMA%20ELECTORAL%20FPV.doc>. Septiembre de 2008.

Kitschelt, H. (1986): “Political opportunity structures and political protest. Antinuclear movements in four democracies”, en British Journal of Political Science, 16, Parte I.

Kriesi, H.; Koopmans, R.; Duyvendak, J.; Giugni, M. (1995): New social movements in Western Europe. A comparative analysis, University of Minnesota Press, Minneapolis.

Laclau, E.; Mouffe, Ch. (2004): “Hegemonía y estrategia socialista. Hacia una radicalización de la democracia”. FCE, Buenos Aires.

Lechner, R. (1999): “Estado y sociedad en una perspectiva democrática” en Estado, democracia y ciudadanía Darío Macor, Ed. UNLP / UN del Litoral / UNQ / Página/12.

Lipset, S.; Rokkan, S. (1967): “Cleavage structures, party systems and voter alignments”, en Party systems and voter alignments, Free Press, New York.

Loustaunau Gabriela J (2007): “Los discursos políticos y la crisis institucional en Argentina: el cierre de campaña, el *ballottage* y la renuncia de Menem en 2003” en *Revista Argentina de Humanidades y Ciencias Sociales Volumen 5, nº 1*, Sociedad Argentina de Información.

Mocca Edgardo (2005): “El incierto futuro de los partidos políticos argentinos” extraído de: www.managementpolitico.com.ar.

Peruzzotti Enrique (2004): "Redefiniendo la representación política: la sociedad civil argentina y el sistema representativo en los noventa" en *POLÍTICA y gobierno* VOL. XI . NÚM. 1.

Pousadela Inés (2006): *Que se vayan todos: enigmas de la representación política*, Capital Intelectual, Buenos Aires.

Torre, Juan C. (2003): "Los huérfanos de la política de partidos", en Desarrollo Económico, N° 168, Vol. 42, Buenos Aires.

Torre, Juan C. (2005): "La operación política de la transversalidad. El presidente Kirchner y el Partido Justicialista.", extraído de:
<http://www.clubsocialista.com.ar/publicaciones/articulos/2005.php>